

LA PALABRA LACERADA. CELAN DESDE DERRIDA

LACERATED WORD.CELAN FROM DERRIDA

Marco A. Núñez¹
Investigador independiente

Recibido: 31-8-2015

Aceptado: 24-1-2016

Resumen: Para Jacques Derrida, la “literatura” es una cierta práctica de escritura que desestabiliza y suspende los límites del sentido. Nuestro propósito en este artículo no es ofrecer una mera paráfrasis de la lectura derridiana de ciertos poemas de Paul Celan, sino mostrar cómo desde el despliegue estratégico de la lectura deconstructiva se manifiestan los límites de la legibilidad en el texto poético del rumano desde el momento en que no hay un sentido originario, haciéndose refractario a toda lectura que pretenda dominarlo desde presupuestos extra textuales.

Palabras clave: Jacques Derrida; Paul Celan; deconstrucción; escritura; legibilidad.

Abstract: For Jacques Derrida, “literature” is some practice writing that disrupts the bounds of sense and highlights the limitations of the critical languages. Our purpose in this paper is not to offer a mere paraphrase of Derrida’s reading certain poems of Paul Celan, but to show how from strategic deployment of the deconstructive reading, the limits of readability manifest in Celan’s poetic text from the moment there is no original meaning, becoming refractory to every reading that seeks to dominate from extra textual budgets.

Key Words: Jacques Derrida; Paul Celan; deconstruction; writing; readability.

1. (marcoan_78@hotmail.com) Licenciado en Filosofía y Filología Hispánica, Profesor de Filosofía y Letras en Educación Secundaria.

La palabra lacerada

Derrida y Celan, durante los escasos encuentros breves que dispuso Peter Szondi en París, allá por 1967², compartieron más el silencio que la conversación. Cruzaron palabras por escrito en forma de dedicatorias en libros que intercambiaron. Más tarde, Derrida dirá que en aquella escritura descubriría que Celan llegó a profesarle algún afecto. En cualquier caso, Celan se va a convertir en una presencia fácilmente rastreable en los textos del franco-argelino más allá de los pocos y breves escritos que le consagre. Y lo va a ser por una razón, Celan constituye el paradigma de lo que Derrida consideraba “Literatura” en oposición a “Las Bellas Letras”³, esto es, un tipo peculiar de textos que, al menos desde Mallarmé y por su tendencia a liberar al lenguaje del referente⁴ y señalar una otredad que no puede ser asimilada a la identidad, condenan al fracaso el discurso crítico en su intento por determinar con precisión la univocidad del sentido que atesoran. El texto no será más, en adelante, el lugar de la plenitud del sentido, sino una ausencia de significado investido de una potencial “significatividad”.

Con el título de “La palabra lacerada” como imagen ilustrativa del “Celan” que Derrida nos ofrece en su lectura, pretendemos sugerir cierta relación del lenguaje con el cuerpo; un lenguaje encarnado en el *cuerpo* mismo del poema; un lenguaje que no es ya meramente vehículo, mediación o reflejo de una realidad extralingüística. “Palabra lacerada” nos remite a la palabra rota, quebrada, palabra herida en una última cesura ante el abismo de lo indecible. Palabra con la que, en última instancia, se alude también a uno de los estilemas dilectos de Paul Celan, la cesura que abre el poema al silencio. Y para concluir este inventario nada exhaustivo de las asociaciones posibles aparejadas al título, esa herida remite al ritual hebreo de la circuncisión, la inscripción de una “herida cifrada”⁵ en el cuerpo, herida que significa la pertenencia a la comunidad y que puede

2 Derrida, J.: (2005), “Language Is Never Owned”, en Thomas Dutoit and Outi Pasanen (eds.) *Sovereignities in Question. Poetics of Paul Celan*, Nueva York, Forham University Press, 2005, pp. 97 ss.

3 Derrida, J.: (1992), *Acts of Literature*, Attridge, D. (ed.) New York, Routledge, 1992, pp. 40 ss.

4 “Estos textos operan en su movimiento mismo la manifestación y la deconstrucción práctica de la **representación** que se hacía de la literatura, bien entendido que, mucho antes que estos textos “modernos”, cierta práctica “literaria” podía haber trabajado contra este modelo, contra esta representación. No obstante es precisamente a partir de esos últimos textos, a partir de la configuración general que se remarca en ellos, que se pueden releer mejor, sin teleología retrospectiva, la ley de las fisuras anteriores.” Jacques Derrida y Henri Ronse, (1972), *Posiciones* (trad. Manuel Arranz), Valencia, Pre-texto, 1986, p. 49.

5 Derrida, J.: (1986), *Schibboleth. Para Paul Celan* (trad. Jorge Pérez de Tudela), Madrid, Editorial Nacional, 2003, p. 81.

ser la “marca”⁶ que la poesía del rumano deja en el idioma alemán a modo de “contra-firma”. En cierto modo, Celan *circuncida y judaíza* la lengua de los verdugos inscribiendo en ella una cicatriz que el poema no sutura y permanece abierta como lugar de encuentro con el otro, con el extranjero, con los ausentes y los muertos. “La palabra lacerada” pretende convocar todos estos sentidos sin definir un horizonte semántico definitivo, en correspondencia con el particular ejercicio de una lectura más atenta, como veremos, a la lógica textual que domina los textos de Celan que a la explicación filológica o hermenéutica de su obra.

La lectura, el poema (y sin embargo, habla)

Celan desde Derrida, es decir, Celan leído por Derrida, no interpretado, no explicado; si podemos admitir semejante cosa, si nos es dable transigir y toleramos una operación de lectura que tiene por objeto develar la lógica peculiar que rige en el texto y no se conforma con ninguna psicología, ni se ofrece a ningún contexto iluminador, solo entonces, estaremos en condiciones de adentrarnos sin prejuicios en la labor que Derrida lleva a cabo. Los textos -poemas, en ocasiones versos aislados, fragmentos- son leídos desplegando cierta estrategia que busca destacar aquellos *elementos apelativos*, aspectos que efectúan demandas sobre el lector y acerca de los que es difícil escribir instalados en el discurso convencional de la crítica, debido al modo en que se disloca una estructura implícita, organizada en torno a un presunto centro irradiador de sentido. Estos elementos que desplazan y problematizan, dislocan y violentan la conceptualidad del discurso logocéntrico, son los elementos que caracterizan precisamente la literatura como literatura. Por eso, una lectura no consiste necesariamente en reducir la riqueza del texto literario a otro texto presuntamente más claro, diáfano, que ofrezca su sentido oculto en el tejido del lenguaje⁷. Lo que no implica-¿hay que repetirlo?-que Derrida niegue la realidad extralingüística, como malévolamente afirman sus detractores más fanáticos o sus críticos menos avezados, tan solo cuestiona, tan solo se permite poner en duda que el discurso se rija por ella, esto es, que el referente domine el

6 Derrida, J.: “Language is Never Owned”, cit., pp. 99.

7 “(...) si la lectura no debe contentarse con duplicar el texto, tampoco puede legítimamente transgredir el texto hacia otra cosa que él, hacia un referente (...) o hacia un significado fuera del texto cuyo contenido podría tener lugar, habría podido tener lugar fuera de la lengua, es decir, en el sentido que damos aquí a esta palabra, fuera de la escritura en general (...). No hay fuera-del-texto.” Derrida, J.: (1967), *La escritura y la diferencia* (trad. Patricio Peñalver), Anthropos, Barcelona, 1989, p. 202.

libre juego de los significantes. El poema habla⁸ aun en ausencia de toda referencia, aun liberado de su función mimética. Y sin embargo, *habla*.

La deconstrucción opera a través de actos de lecturas particulares que cristalizan en una escritura que, a su vez, engendra nuevas lecturas: “Una escritura tal que no remite más que a sí misma nos conduce *a la vez*, indefinida y sistemáticamente, a otra escritura”.⁹ Sin que la apropiación del sentido ni la abstracción de un contenido significativo sea nunca plena. La lectura es una celebración delo *único*, lo peculiar de cada texto; la asunción del compromiso de leer el texto de nuevo en una repetición siempre diferente. *La lectura, así entendida, es un modo de rescate del discurso del otro antes que un modo de apropiación*. En consecuencia, será refractaria a la tradición hegemónica del comentario literario centrado en actividades típicamente filosóficas, tales como buscar orígenes, afirmar generalidades, abstraer sentidos, es decir, inscribir y subsumir el texto un contexto histórico, psicológico, literario, en apariencia, siempre recuperable y dispensador, por delegación, de un horizonte de sentido; sin embargo, “leer es experimentar una cierta ilegibilidad.”¹⁰ Los acontecimientos vitales de Celan se han utilizado a menudo como clave para descifrar su obra, surgiendo ante el crítico como ese referente anhelado del que parecen carecer muchos poemas que tejen una realidad puramente lingüística: “La poesía deja de ser mimesis, representación: se vuelve realidad”¹¹. Pero el crítico protesta y reclama un sentido, exige referente, impone abstraer un significado y tranquilizar el ánimo en la cercanía de certeza, por más que sean ilusorias.

De todo lo anterior se desprende que la lectura y los escritos de Derrida -“escritura bífida”¹², escritura y lectura son prácticas recíprocas, se reclaman e implican mutuamente (sobre textos de Celan, no son, no pueden ser comentarios en un sentido filológico o hermenéutico, esto es, no son *interpretaciones*¹³. Aclarado este punto -el más polémico, el que más

8 “¡Pero el poema habla, por cierto!” afirma Paul Celan en el *Meridiano*.

9 Derrida, J.: (1975), *La disseminación* (trad. José María Arancibia), Madrid, Editorial Fundamentos, 2007 (3ª ed.), p. 229.

10 Derrida, J.: *Posiciones*, cit., p. 62.

11 Szondi, P: *Estudios sobre Celan*. Prefacios y apéndices de Jean Bollack, (trad. Arnau Pons), Madrid, Editorial Trotta, 2005, p. 57.

12 Peretti, C de.: *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, Barcelona, Anthropos, Barcelona, 1989, p. 130.

13 “La lectura siempre debe apuntar a una cierta relación, no percibida por el escritor, entre lo que él domina y lo que no domina de los esquemas de la lengua que utiliza. Esta relación no es un determinado reparto cuantitativo de sombra y de luz, de debilidad o de fuerza, sino una estructura significante que la lectura crítica debe producir (...) Producir esa estructura signi-

aversión concita hacia los textos derridianos), que las lecturas deconstructivas se orienten a mostrar los prejuicios metafísicos que se articulan en los lenguajes críticos y la imposibilidad de alcanzar un sentido unívoco, siempre desplazado por la mecánica del texto, tiene como consecuencia aparentemente paradójica, la demanda, la exigencia de todas las lecturas posibles; solo así se podrá impedir que el texto sea dominado por una de ellas, solo así evitamos la arbitrariedad y el nihilismo. En última instancia, lo que se deconstruye en el texto son todas las lecturas que lo articulan. La crítica al logocentrismo, al pensamiento metafísico que busca certezas y que se encarna siempre en el discurso hegemónico, es por encima de todo, la búsqueda del otro preterido en ese discurso; el “otro del lenguaje”, es decir, la escritura, pero también el otro como ausencia, de los muertos que perdieron la palabra. Dejar hablar desde el poema a la alteridad será el destino literario de Celan, y escuchar el llamado de ese otro que comparece en sus poemas, el destino como lector de Celan que Derrida se encomienda.

El schibboleth, la fecha y la ceniza

La lectura más ambiciosa que Derrida lleva a cabo de Celan la ofrece en *Schibboleth. Para Paul Celan*. Esta palabra hebrea que intitula la monografía¹⁴, y que aparece en dos de sus poemas, interesa especialmente en su uso como contraseña una vez que ha suspendido su conexión con el significado y ha dejado de denotar -río, arroyo, espiga de trigo, etc. Palabra que deviene marca diacrítica toda vez que los efraimitas no podían pronunciar correctamente el sonido “sch-”, y, en consecuencia, señala las diferencias en el idioma; se erige en la diferencia insignificante que se revela como condición del sentido, a despecho de *no tener sentido*, ser anterior a todo conocimiento, irreductible al concepto por estar desligada de su contenido semántico¹⁵. De otro lado, es la manifestación cifrada de la

ficante no puede consistir, evidentemente, en reproducir, por medio de la repetición borrada y respetuosa del comentario, la relación consciente, voluntaria, intencional, que el escritor instaura en sus intercambios con la historia a la que pertenece gracias al elemento de la lengua. Sin duda este momento del comentario repetitivo debe tener su lugar en la lectura crítica. Si no se lo tuviera en cuenta ni se respetasen todas sus exigencias clásicas -lo cual no es sencillo y requiere todos los instrumentos de la crítica tradicional-, la producción crítica correría el riesgo de efectuarse en cualquier sentido y de permitirse decir más o menos cualquier cosa. Pero este parapeto indispensable nunca ha hecho más que proteger, jamás ha abierto una lectura”. Derrida, J.: (1967), *De la Gramatología* (trad. Oscar del Barco y Conrado Ceretti), México, Siglo XXI editores, 1986 (4ª ed.), p. 227

14 Revisión de una conferencia pronunciada por Derrida en Seattle, el 14 de octubre de 1984.

15 “En un sistema donde sólo las diferencias son constitutivas del valor lingüístico y al no ser nunca la diferencia en sí misma y por definición una plenitud sensible, su necesidad con-

cifra que señala la multiplicidad de la lengua, lo renuente y esquivo a la traducción, lo que, de hecho, la borra. Todo es traducible salvo la marca de esa diferencia entre las lenguas en el interior del poema. La traducción deberá borrar eso mismo que conserva. Encontramos un ejemplo de esto en el verso “No pasarán” de “Schibboleth”, cuando traducido al español, se haya borrado la diferencia para el hispanohablante, en la conservación misma del original alemán.

Lo que se pone de manifiesto en esta palabra es el juego mismo de la escritura, el juego de la presencia-ausencia y de la indecibilidad última. Para habitar un idioma (porque un idioma *se habita*¹⁶) se hace preciso disponer del schibboleth, no basta con comprender el sentido de las palabras, sino *decir cómo hay que decir* la marca cifrada que delata la diferencia, haciéndose indiferente a la diferencia que ella misma establece. Es la marca cifrada que hay que poder compartir con el otro aunque no tenga sentido. “No hay sentido desde que hay fecha y schibboleth, ni un único sentido originario.”¹⁷ El lenguaje es el gran instaurador de diferencias, un sistema de signos que nada define fuera del juego de la “différance”, esto es, el signo solo puede pensarse desde la presencia diferida. Derrida encuentra en la noción de fecha la estructura del signo a propósito de ciertos textos de Celan¹⁸, para mostrar que la fecha *no es*, para dejar en evidencia el principio de autoridad que rige a toda pregunta por la esencia, la *verdad* como presencia y guardiana del logos en su relación con el acontecimiento singular, único, que sucede solo una vez: “Pertenece a la esencia de la fecha el no llegar a ser legible.”¹⁹

Derrida lleva la noción de “fecha” más allá de su sentido literal y explicita así su función dependiente de dos propiedades contradictorias: la afirmación única de un aquí y un ahora, y la paradójica *iterabilidad* que le es propia. La inscripción de la fecha en el cuerpo del poema, como ocurre en “Todo en Uno” conlleva dos dimensiones. Una externa, la referencia espacio-temporal, convencional, codificada por el calendario; una fecha le-

tradice el alegato de una esencia por naturaleza fónica de la lengua. Por lo mismo, impugna la pretendida dependencia natural del significante gráfico. Ésta es una consecuencia que el mismo Saussure saca en contra de las premisas que definen el sistema interno de la lengua”. Derrida, J.: *De la gramatología*, cit., p. 77.

16 Derrida, J.: (1996), *El monolingüismo del otro. O la prótesis del origen* (trad. Horacio Pons), Buenos Aires, Ediciones Manantial, 1997, p. 91.

17 Derrida, J.: *Schibboleth. Para Paul Celan*, cit., p. 40.

18 “El 20 de enero” es la fecha que Celan menciona en el “Meridiano”, discurso redactado con la ocasión de la recogida del premio Georg Buchner, en 1960; o ese “13 de febrero” del poema “Todo en Uno”,

19 Derrida, J.: *Schibboleth. Para Paul Celan*, cit., p. 53.

gible en la medida en que cifra un día, un mes, un año, ciertos acontecimientos históricos. Pero también la posibilidad de un retorno, no el retorno absoluto de eso mismo que no puede retornar; el retorno de su *espectro*, la memoria, la promesa siempre diferida de un regreso imposible; la conmemoración de lo que no volverá, del instante singular no repetible. “La fecha habrá sellado lo singular, lo único e irrepetible”.²⁰ La otra será esa fecha secreta que se confunde con la organización misma del texto poético, el lugar donde el poema se lacerar y comienza a herirse. La fecha que se borra en su misma legibilidad y se auto-aniquila convertida en nada. En ceniza. “Nos aguarda la ceniza”, afirmación entre admonitoria y profética con la que cierra Derrida la segunda sección de *Schibboleth*. “Fecha” y “schibboleth” carecen de esencia, son unidades proteicas, indefinibles por estar investidas de una superabundancia de sentido; constituyen sendos ejemplos de lo que Derrida llama *indecidibles*, elementos fundados por el juego de la escritura que delinear la lógica del texto y anulan toda pertenencia al querer-decir como garantía de la unidad logocéntrica²¹, condenando al fracaso cualquier interpretación ontológica de la mimesis.

De la trópica de la circuncisión a la experiencia enajenada del idioma

Las narraciones deconstructivas centradas en figuras elocutivas, se configuran como narraciones tropológicas que cuentan la historia de la denominación y su perdición. En relación con ese rasgo diacrítico presente en el schibboleth y que permite el acceso a la comunidad, aparece el ritual hebreo de la circuncisión. La palabra surge en contadas ocasiones, sin embargo, su “trópica”²², la extensión figurativa del significado, más allá del sentido literal de un corte en la carne o la extirpación del prepucio; más allá de cifrar la pertenencia a la comunidad judía, se desplazará, según Derrida, hacia “todas las heridas cifradas”, todas las heridas que significan en el cuerpo mismo del texto. Cortes, cesuras, interrupciones y sínco-pas que hacen de la lectura misma una vivencia de la herida, un tránsito de esa herida cifrada a la lectura herida que cifra en cada rotura, en cada pliegue o intersticio que se abre al blanco de la página, la presencia diferida, desplazada, la huella del otro. Derrida sostiene que la circuncisión es un corte para ser leído, una herida que es legible, una herida infligida por

20 *Ibid.*, p. 32.

21 “Los predicados no están ahí para querer-decir algo, para enunciar o significar, sino para hacer que el sentido se desplace, para denunciarlo o desviarlo. Esta escritura no produce necesariamente nuevas unidades conceptuales”. Derrida, J.: (1967), *La escritura y la diferencia* (trad. Patricio Peñalver), Barcelona, Anthropos, 1989, p. 353.

22 Derrida, J.: *Schibboleth. Para Paul Celan*, cit., p. 82.

y en la lectura; corte o tajo abierto entre lo que se da a leer, a ser descifrado, como un código críptico cuyo desciframiento no sutura, dando paso a otras criptas en un regreso “ad infinitum”: toda lectura se encuentra ya siempre en el límite de la legibilidad desde que no hay sentido originario. ¿Qué es aquello que ha sido dejado en suspenso en el límite mismo de la palabra y el silencio? En el último verso de “A uno que estaba ante la puerta”, asistimos a esa interrupción brusca en mitad de un acto de nominación, una apelación al otro. Celan corta el nombre “Rabí”, pero también secciona el acto mismo de nombrar como acto de habla que forma parte del ritual de la circuncisión:

Abre de golpe la puerta de la mañana, Ra- —²³

Celan corta la palabra, corta el nombre, suspende la enunciación y deja en el aire la cuestión de la pertenencia del judío a la comunidad. La palabra se abre como una puerta, se abre a la posibilidad del encuentro con el otro y se queda perpleja en el umbral mismo, ni dentro ni fuera, sin ser ni dejar de ser. Palabra, por tanto, performativa; palabra, en consecuencia, poética. Ricardo Forster nos recuerda que:

...lo judío en Celan no supone un gesto religioso, un retorno a la tradición de los ancestros, un cobijarse en las páginas del Talmud o en los meandros hermenéuticos de la Cábala, es, antes bien, un permanecer extranjero, un quedarse en el umbral, un poner en evidencia lo irreparable, lo no saldado.²⁴

Vemos que en el poema -como en el ritual-, el tú surge a fuerza de ser nombrado, de forma similar a lo que sucede en la tradición golémica²⁵. Pero además, la circuncisión, al ser una marca inscrita sobre el cuerpo, lleva a cabo la unión de éste con el lenguaje: el cuerpo del poema, encarnadura de la herida. Celan, ya lo dijimos, *circuncida* la lengua alemana, la judaíza en un intento de apropiación en el que se manifiesta, y se experimenta, esa “alineación constitutiva” de la que Derrida nos habla en *El monolingüismo del otro*. Con esta premisa, se aventura que la particular experiencia de lengua en Celan se convierte en una ofrenda del poeta al lector en la que comunica la experiencia de una alienación, un extraña-

23 Traducción de Reina Palazón.

24 Forster, R.: Paul Celan, “La barbarie de la lengua y el judaísmo como memoria”, *Archivo Maaravi*: Revista Digital de Estudios Judaicos da UFMG. Belo Horizonte, v. 1, n. 1, out. 2007. ISSN: 1982-3053, p. 10.

25 Levine, G. M. [en línea] : “Spectral Gatherings: Derrida, Celan and the Covenant of the Word”. *Diacritics*, Volume 38, Numbers 1-2, Spring-Summer 2008, pp., 75 ss. <http://muse.jhu.edu/journals/dia/summary/v038/38.1-2.levine.html>

miento hacia su propia lengua; la lengua alemana en la que Celan inscribió sus fechas y dejó su firma para soportar una lucha con ella. Su escritura será el lugar de encuentro de culturas, referencias, memorias, pero también el lugar donde se levantan las fronteras, donde se manifiestan las diferencias, algo presente en la lectura de “Todo en Uno”. Derrida apunta que “Celan produjo un idioma, lo produjo a partir de una matriz, de una herencia -sin, por razones evidentes- ceder al menor nacionalismo.”²⁶ Para el poeta la lengua no podía ser una esencia, una abstracción inmóvil e inerte sino una experiencia. Y una experiencia no se define, *una experiencia solo se vive*. Celan, como legatario, vivirá la experiencia de la muerte también desde la lengua, “la experiencia del nazismo es un crimen contra la lengua alemana”²⁷. En consecuencia, podemos deducir que el acto poético conlleva una suerte de “resurrección”, una nueva vida después de la muerte, muerte que seguirá ya siempre clavada en su cuerpo, como una cicatriz, una huella, cenizas. El complejo idiolecto de Celan violenta un cuerpo significativo que nunca dice bastante lo inefable, lo obliga a hablar allí donde la palabra se abre en silencio como una herida, donde solo quedan cenizas. Pero el silencio también es huella, una ausencia que dice la palabra de los espectros, y revela la incapacidad misma del poeta de hablar en nombre de los muertos; la voz no puede ocupar la ausencia absoluta, la presencia de la voz no puede deshacer el “borrado” de los asesinados.

La cesura, la ausencia, la memoria...”el Otro”

La ausencia aquí y a diferencia de lo que ocurría con las fechas, es marcada en la cesura con la imposibilidad del retorno. La interrupción ya no se abre como la palabra lacerada, la palabra abierta como una puerta al encuentro con el otro. Todos los grafemas son legatarios de una ausencia, que, como huella originaria, lo es también de la ausencia de la cosa designada, del referente: las víctimas. Por tanto, solo puede darse testimonio de la herida misma a través de la sustitución, del suplemento, es decir, *escritura*.

La escritura comparece por los difuntos y ofrece testimonio por ellos. La muerte deja de ser un silencio y deviene un camino para los que vendrán después. “La interrupción arroja sobre cada uno el manto de un futuro anterior implacable.”²⁸ Muerte y ausencia devienen también condición de posibilidad de la escritura, del discurso que dice algo del otro y al otro, que lo evoca, lo llama o lo nombra. Derrida nos recuerda en *Carneros*

26 Derrida, J.: “Languageis Never Owned”, cit., p. 97 (traducción propia).

27 *Ibid.*, p. 99.

28 Derrida, J.: (2003), *Carneros. El diálogo interrumpido: entre dos infinitos*, (trad. Irene Agoff), Buenos Aires, Amorrortu, 2009, p. 16.

que, para Gadamer, la poesía y el poema son “la gran instancia para la experiencia de la propiedad y de la ajenidad del lenguaje”²⁹. El poema es también un lugar donde la propia lengua se nos vuelve extraña. El poema nos enfrenta con los límites de nuestro lenguaje en lo que tiene de intraducible. Esa palabra extraña, ajena o enajenada, es lo que se da como una ofrenda, tendiéndose como un puente hacia ese otro mundo que se ha ido y que es el *otro*. Ése otro del que ahora se nos hace responsables en el verso de “Vasta bóveda encandecida”: “El mundo se ha ido, yo tengo que llevar-te”. Los textos de los otros pueden interpretarse como aquellas “voces de ultratumba” que nos llaman y que reclaman respuesta; es decir, una lectura apelativa, entendida como un modo de rescate del discurso del otro antes que como un modo de apropiación. Esta modalidad del “llevar al otro en mí” es un modo de interiorización no apropiadora del otro:

Llevar ya no quiere decir “comportar”, incluir, comprender en sí, sino llevarse hacia la inapropiabilidad infinita del otro, al encuentro de su trascendencia absoluta dentro de mí, es decir, en mí fuera de mí. Y yo no soy, no puedo ser, no debo ser sino a partir de ese extraño llevar sobre sí dislocado de lo infinitamente otro en mí.³⁰

La ipseidad o el sí mismo se constituye así en referencia a “otro” que me habita y que me disloca; otro con quien tengo contraída de antemano una deuda: la de llevarlo en la memoria antes incluso de que su mundo “se vaya”. La inscripción de la lectura es la singularidad del otro y sus heridas, que llevamos con nosotros convertidos en testimonio. Testimonio no para nosotros *sino en nosotros*: “Si yo debo llevar al otro en mí para serle fiel, para respetar su alteridad singular, cierta melancolía debe protestar además contra el duelo normal.”³¹ La memoria se forma después de un proceso de duelo, pero la interiorización absoluta del otro no se logra jamás. Se trata entonces, del proceso de duelo inacabado, imposible, de los restos que quedan, que restan, que permanecen en la forma de la huella que funda al sujeto, la archihuella que hace posible el signo.

Herida sin sutura

En la escritura de Celan se manifiesta, lo que Cristina de Peretti llama “la ley del exceso indecible”³², presente en determinadas unidades (“schibboleth”, la fecha) o trópicas (la circuncisión), que convocan y reúnen

29 *Ibíd.*, p. 12.

30 *Ibíd.*, p. 71.

31 *Ibíd.*, p. 69.

32 Peretti, C de.: *Jacques Derrida. Texto y Deconstrucción*, cit., p. 129.

una multiplicidad de sentidos irreductibles a la polisemia, es decir, a un horizonte semántico, toda vez que no se subordinan a ninguna realidad trascendente, a ningún centro irradiador de un sentido unívoco del que el crítico pudiera apropiarse. Al mostrarse renuentes al binarismo metafísico y su cadena de oposiciones, en virtud de la lógica textual del “entre”, “ni esto ni aquello”, la indecisión, en resumidas cuentas, introducen una cesura en el significado; cesura que los convierte en centros donde se cruzan y entrecruzan marcas que desplazan, dislocan el sentido último que permitiría detener el libre juego. Y aquí nos abismamos en la alteridad que no se deja asimilar, el otro que debe permanecer de algún modo presente en su ausencia. Motivo que se desdobra tanto en la modalidad de lectura que Derrida practica, esa lectura que vemos se despliega atenta a la organización y funcionamiento del texto y sus efectos, que no reduce el texto a uno de sus sentidos, produciendo siempre una diferencia contumaz, “implacable”. Como en el principio ético manifiesto en esa *protesta de la melancolía* ante la culminación del trabajo de duelo que favorece la asimilación del otro al ser reapropiado, encuadrado dócil en el horizonte identitario de la memoria, que es ya siempre una forma de olvido del otro como *otro*.

Parece que, en este punto, nuestra lectura-escritura derridiana se ha deslizado inevitablemente hacia asuntos, *temas*, tales como la identidad (o falta de identidad) judía, el testimonio, la memoria de la barbarie, la alteridad, que amenazan con reinscribir metafísicamente el texto. Y así es. La deconstrucción no aspira a lo imposible, no es dable pensar fuera de las categorías logocéntricas, solo mostrar sus fisuras y habitar el intersticio. Sin recortar los textos de Celan contra ese universo semántico y promisorio de la Verdad, la cercanía a un sentido que defina las esencias y reste indecisión. Pero sin lograrlo plenamente, fracasando para tener éxito en mi labor de comentarista de las lecturas de Derrida de ciertos textos de Celan. La traición de la glosa que pretende agavillar la diseminación que hizo estallar el horizonte del sentido y llevar a cabo una reapropiación imposible desde la conjunción del texto derridiano y las lecturas (filológicas, críticas, hermenéuticas) que articulan el texto celaniano. En realidad, son estas lecturas sobre las que opera la deconstrucción. “La deconstrucción no es una crítica, la crítica es su objeto.”³³Derrida no impugna la labor crítica y filológica, tan solo constata su fracaso al tratar dominar el texto, erigirse en autoridad, albaceas del sentido que el autor ha encriptado en la obra por él firmada para garantizar ese *querer-decir*, la codificación textual de

33 “La deconstrucción no es una operación crítica, la crítica es su objeto; la deconstrucción recae siempre, en un momento o en otro, sobre la confianza concedida a la instancia crítica, crítico-teórica, es decir, capaz de decidir, a la posibilidad última de lo decidable; la deconstrucción es deconstrucción de la dogmática crítica”. Derrida, J.: *Posiciones*, cit., p. 60.

su intención como traducción del logos, y, en última instancia, el buen hacer de sus comentaristas cuando se afanan en “devolver al padre” los restos dispersos del sentido estragado por el juego de la diseminación. Y no otra cosa, ciertamente, habré pretendido. Aunque haya un matiz.

Entre la ingenuidad crítica y la caída en el nihilismo que equivocadamente se atribuye a la deconstrucción como propósito último, se sitúa la tarea más humilde de afrontar una lectura infatigable y *absurda*, consciente de sus límites, sabedora de que el lugar que ocupará es el margen, y su objeto, explicitar el orden logocéntrico y la estructura de oposiciones binarias sobre la que se asienta; mostrar su mecánica para inquietarlo y dejar hablar al otro preterido. Lectura que aboca a una escritura viral parasitaria de los textos, a sabiendas de que nunca los dominará, de que al final nos aguarda el fracaso o la traición; pero también, la seguridad de que siempre nos encontraremos ante una nueva oportunidad, un nuevo comienzo, una nueva lectura.

Debemos ir concluyendo, y llega el momento de preguntarnos qué hay de Celan en Derrida. Si por Celan entendemos al poeta judío que perdió a sus padres víctimas del nazismo; el poeta rumano que eligió escribir en la lengua de los asesinos; si por Celan entendemos, en fin, al sujeto histórico desde el que el hermetismo de su poesía puede ser superado, y la ubicación privilegiada desde la que podemos hacer justicia a su obra, esto es, ser fieles a la letra; la lectura de Derrida, ciertamente, puede abocarnos a la frustración.

Toda vez que no busca un origen biográfico o histórico, ni aspira a establecer un fin moral o político, ni tan siquiera estético. Si no aceptamos las premisas de las que parte Derrida -o las desconocemos-difícilmente podremos comprender su objeto y, en consecuencia, aprobar su proceder.

Se trata simplemente de la consabida cuestión de inconmensurabilidad entre paradigmas.

Bibliografía y webgrafía

Jacques Derrida (1967), *La escritura y la diferencia* (trad. Patricio Peñalver), Barcelona, Anthropos, 1989.

Jacques Derrida, Henri Ronse (1972), *Posiciones* (trad. Manuel Arranz), Valencia, Pre-texto, 1986.

Jacques Derrida, (1975), *La diseminación* (trad. José María Arancibia), Madrid, Editorial Fundamentos, 2007 (3ª ed.).

Jacques Derrida (1986), *Schibboleth. Para Paul Celan* (trad. Jorge Pérez de Tudela), Madrid, Editorial Nacional, 2003.

Jacques Derrida (1992), *Acts of Literature*, Attridge, D. (ed.) New York, Routledge, 1992.

Jacques Derrida (2003), *Carneros. El diálogo interrumpido: entre dos infinitos*, (trad. Irene Agoff), Buenos Aires, Amorrortu, 2009.

Jacques Derrida (2005), "Language Is Never Owned", en Thomas Dutoit and OutiPasanen (eds.) *Sovereignities in Question. Poetics of Paul Celan*, Forham University Press, New York, 2005.

Ricardo Forster, "Paul Celan, La barbarie de la lengua y el judaísmo como memoria", *Archivo*

Maaravi: Revista Digital de Estudios Judaicos da UFMG. Belo Horizonte, v. 1, n. 1, out.

2007. ISSN: 1982-3053.

G. M. Levine, "Spectral Gatherings: Derrida, Celan and the Covenant of the Word". *Diacritics*,

Volume 38, Numbers 1-2, Spring-Summer 2008.

<http://muse.jhu.edu/journals/dia/summary/v038/38.1-2.levine.html>

Cristina de Peretti, *Jacques Derrida. Texto y deconstrucción*, Barcelona, Anthropos, 1989.

Peter Szondi, *Estudios sobre Celan*. Prefacios y apéndices de Jean Bollack, (trad. Arnau Pons), Madrid, Editorial Trotta, 2005.

